

Deseo, imagen, lugar de la palabra

Con cuánta perplejidad, en las diversas y aun entre sí alejadas «manjiones» de lo poético, nos es dado percibir, a través de una mirada histórica, formulaciones en apariencia divergentes sobre un hecho común, formulaciones que han acabado, a la larga, por unificarse o reunirse en un mismo ámbito: el de una palabra que, lejos de todo utilitarismo, de toda instrumentalidad, aspira a convertirse en un juego segundo, una palabra de transmutación y de transubstanciación. ¿Necesito aclarar que no es otra, ciertamente, la casa originaria, la «morada» que reconozco en la poesía?

He aquí, pues el más hondo fundamento, la raíz Y, en rigor, el origen de la palabra de la poesía, la única, a mi ver, capaz de llevar el sentimiento y el conocimiento humanos hasta la representación de una imagen del mundo sin dejar de ser ella misma, una parte del mundo. Tal fundamento metafísico me parece constituir incluso el sentido de la crítica que, en mi escritura, ha recibido el lenguaje en sus aspectos más puramente sonoros o materiales, en los momentos en los que el lenguaje debía, sí, purificarse, si se aspiraba a que palabra y mundo alcanzaran la unificación.

¿Y qué serían, por lo demás, el sentimiento del lugar —la fatalidad de un lugar concreto que es el mundo y, al mismo tiempo, una cifra del mundo, un espacio concreto al que mi escritura vuelve como en eterno retorno? ¿Qué sería el sentimiento de lo sagrado, que envuelve conocimiento y no-conocimiento, o la atracción por lo reminiscente como una extrema conciencia de los dramas de la temporalidad y la finitud? ¿Y qué, en fin, el sentimiento, cada día creciente y más intenso, de una palabra que mira y se encarna más allá del lenguaje? ¿Qué otra cosa podrían ser tales fundamentos sino la radicalizada, renaciente prueba de un designio de religación, de una conciencia, en suma, religiosa?

Palabra en la que, en efecto, el ser sobre la tierra ingrese en un mundo preciso, donde la luz y la memoria vuelvan a decir un mundo habitable, la casa luminosa de la unificación de los mundos.

I.

Las palabras precedentes sirvieron a quien esto escribe, en fecha aún no lejana, como expresión de una *poética* personal, obligadamente sucinta en aquella concreta ocasión, y por ello forzada de manera inevitable a una extrema síntesis, a una condensación que si en el poema, en verdad, se vuelve inseparable de su propio ser, puede fuera de ese contexto parecer acaso innecesariamente elíptica, a fuerza de una brevedad que corresponde más y mejor, en efecto, a la naturaleza de la palabra poética. Lo que me propongo llevar a cabo, en las reflexiones que siguen, no es tanto una suerte de desarrollo de las palabras transcritas (ni, por descontado, una *explicación*) cuanto servirme de ellas para una más abarcadora exposición tanto de algunos aspectos de la palabra poética cuanto de la situación del poeta en el mundo de hoy y el lugar de la poesía en nuestra sociedad. No lo haré, desde luego, de una manera general y abstracta (dimensión desde la cual hablan, o deberían hablar, más bien el crítico y el historiador, cuando no el sociólogo y el filósofo de la cultura), sino, muy al contrario, desde una completa asunción de ese lugar en el interior de una práctica poética. Si he querido comenzar las presentes reflexiones del modo en que lo he hecho, es decir, con la expresión de una explícita *poética* (entendida ésta no como la formulación de un designio o de un proyecto, sino como la constatación de unos fundamentos), ha sido precisamente con la idea de despejar de entrada cualquier duda que pudiera albergarse en cuanto a la *perspectiva*—digámoslo así— desde la cual aquí se habla y desde la que únicamente puedo, en verdad, hacerlo. Presento, pues, mis reflexiones como un testimonio; como testimonio pido que sean recibidas. Ello no significa, sin embargo, que no puedan ser examinadas o que se desee dialogar con ellas al margen de la concreta práctica poética que está en su base y de la que son, para mí mismo, inseparables. Acaso no sea del todo inútil, en fin, insistir en que en esta ocasión me limito a abordar dos o tres cuestiones (eso sí: centrales, a mi ver) relativas a la palabra poética y a su lugar en el mundo contemporáneo, y que en manera alguna estas reflexiones se presentan como la exposición—ni siquiera en esbozo— de un «sistema» poético. Mal podrían serlo cuando, como en seguida podrá verse, se trata más bien de la ordenación de un conjunto de anotaciones fragmentarias que no siempre, por otra parte, pretenden abandonar su condición de tales.

De *fundamentos* he hablado, esto es, de aquello sobre lo cual se instaura un lenguaje. Cuando intentamos repasar, siquiera muy brevemente, qué ha representado la palabra de la poesía en relación con nuestras propias realizaciones, lo primero que se observa es que sólo se llega a conocer de manera muy incompleta la modulación o las modulaciones que de la concepción de lo poético ha experimentado cada uno de los momentos de la trayectoria personal en la escritura. Pues esa concepción es cambiante; quiero decir: cambia con nosotros, y ello aunque lo esencial permanezca inalterado. Y es que no se posee una poética, sino que se es acaso poseído por ella: más allá de algunas ideas muy generales, e incluso muy concretas, poco podemos saber de lo que es o de lo que aparece bajo la esencial condición de un enigma. Nuestro acercamiento será siempre, por ello, únicamente tentativo, y en ocasiones guiado sólo por lo que ante nosotros aparece como por negación. Nos parecerá que decimos entonces, a veces, lo que la palabra de la poesía *no es*; una poética, pues, negativa, que actúa por exclusión o por iluminaciones «inversas» —como, en la pintura, Paul Klee pensó que hacía al intentar crear, sobre un cristal ahumado, los signos de un mundo formado no por los trazos, sino por lo que los trazos mismos acotaban; por lo que, literalmente, ellos hacían *aparecer* sobre el espacio negro. Aparecía allí, en efecto, la energía del trazo blanco, pero también, mediante ese trazo, el emergente negro, la epifanía de lo oscuro.

¿Deberé comenzar por decir que no se trata ahora, en modo alguno, de *definir*, sino de que la reflexión nos permita conocer algo acerca de los límites de ese enigma, acerca de las prodigiosas mutaciones que ejerce sobre nuestra mente y nuestra sensibilidad, acerca, en fin, de su fabulosa gravitación sobre nuestro espíritu? «Definir es *cenizar*», escribió el poeta José Lezama Lima. Ninguna definición sería, así pues, posible. Nos está permitido, en cambio, como en el propio efecto de conocimiento que el poema suscita, acercarnos a las lindes de un «objeto» —la palabra de la poesía— racionalmente inasible y, sin embargo, supremamente invitador incluso desde ángulos o miradores que están, en apariencia, muy alejados de él.

La palabra posee desconocidos magnetismos. El espíritu ha de abrirse a ella y a ellos con ilimitada disposición, abrirse a un *recibir* infinito. Tal vez en ello, en esa incondicionada apertura a la palabra y de la palabra, resida el primer elemento de lo poético. El signo llega entonces a ser iluminador y a anunciar un *conocimiento de lo impensable*.

La iluminación de la poesía se da en la palabra, como si la *carnalidad* de la palabra fuera del todo imprescindible para acceder a un conocimiento otro, a lo que he llamado el *conocimiento de lo impensable*. Pero es esa carnalidad, esa materialidad, lo que nos permite recordar en todo momento la

propia *materia* del mundo; lo que hace posible, por otra parte, que la palabra no se pierda en los pliegues de una extrema idealidad, esto es, en un mundo de abstracciones, de figuras o de imágenes plenamente alejadas ya de lo que constituye una buena parte del impulso primigenio de lo poético, que no es otro que el hechizo de la fisicalidad del mundo. La palabra es, sí, expresión o metáfora de esa fisicalidad, como si los juegos de la *phoné* en los que la poesía gusta demorarse (los juegos, en fin, en que comienza por constituirse, sin dejar de hablar al mismo tiempo de otra cosa) consistieran sobre todo en hacernos ver el misterio esencial de la materia.

Sin embargo, una clara distinción ha de operarse en toda «conciencia» poética (y no solamente aludo con ello a la del propio poeta, sino también a la del lector) entre la materialidad de los signos como «recuerdo» de la materia del mundo y esa misma materialidad como una seducción que corre una y otra vez, en la poesía, el peligro de volverse autosuficiente, autónoma. No sin contradicciones, no sin el riesgo de perderse sin encontrar el límite entre esas dos dimensiones, la escritura avanza a veces sobre el borde de la sonoridad verbal hasta recibir la severa amenaza de un sordo nihilismo, de una cerrada aniquilación del significado. Es esta amenaza la que conjura, en el poema, el designio de la presencia, que se alza en la palabra como principal elemento de su *mysterium*.

Lo que el poema comienza por rodear como a través de un gradual abrazo es un ámbito de trascendencia; una trascendencia que golpea todos los costados del ser del lenguaje. Pero es un territorio, en principio, ignoto. Lejos de todo voluntarismo, de toda deliberación, la palabra poética es fruto de un buceamiento en lo desconocido. Vamos a la palabra y volvemos de ella y cuanto extraemos de ese viaje es una suerte de *encarnación* verbal de nuestra experiencia en el territorio explorado. ¿Qué es lo que hemos *conocido* allí?

Tal vez la palabra de la poesía no sea, en un sentido estricto, una palabra de conocimiento (pues también, y en no menor medida, lo es del no-conocimiento); ni su sentido venga dado, en gran parte, por el silencio; ni la defina únicamente ser expresión de interioridad. Conocimiento y no-conocimiento, palabra y silencio, interioridad y exterioridad: la palabra de la poesía se sitúa tal vez en los vertiginosos intersticios que, en efecto, se abren entre cada uno de esos planos (de esas polaridades), o acaso en sus relaciones o en sus entrecruzamientos. La poesía tiende a situarse en medio de esos planos mediante un trabajo en el que los valores semánticos, nunca perdidos, restablecen la posibilidad de *descubrir* el mundo. Nos encontramos entonces con *lo desconocido posible* de nuestro mundo.